

SEGUIR A JESUS ES COSA DE VALIENTES (Parte 2) Lucas 14:25-33

Como vimos la semana pasada, al salir el Señor de la casa del fariseo, una gran multitud le esperaba afuera. Él no se dejó impresionar por aquello, sabía que no todos le seguían porque creyeran quién es Él, sino por las cosas que hacía. Contrario a lo que muchos esperarían, el Señor no les dirigió un mensaje para aumentar su popularidad, tampoco les dirigió un mensaje bonito que sirviera para que siguieran viniendo a Él; eso no era algo que estuviera en los intereses del Señor. Más bien, era el momento de hacer algunas aclaraciones y de expresar lo que Él realmente estaba buscando. Entonces les dirigió un tremendo mensaje que reduciría considerablemente el número de aquellos “seguidores”; un mensaje que impactara en aquellos que de verdad querían ser seguidores del Señor; un mensaje solo para valientes; un mensaje de discipulado.

También dije la semana pasada que no pensáramos que su mensaje era para desanimar, sino más bien para no engañar haciéndoles creer que con Él obtendrán la solución a todos sus problemas como infortunadamente en muchos lugares se predica hoy. Esos lugares están llenos de mucha gente que en su mayoría solo asiste para obtener algún beneficio de parte de Dios. Los líderes de esos lugares están contentos en tanto se llenen esos lugares, aumente su popularidad y la gente deje su dinero. El Señor Jesús habló de *ser* y *hacer* discípulos, no solamente simpatizantes. ¿En esos lugares los estarán formando?

El Señor Jesús dijo entonces:

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (vv.26-27).

Esta puede ser una muy malentendida frase por el uso de la palabra *aborrecer* que significa *odiar* o *despreciar*. ¿Será acaso que Dios nos llama a odiar a nuestra familia para seguirlo a Él? Por supuesto que no, porque esto contradeciría sus propias enseñanzas con respecto a la familia. Él nos enseña a honrar a nuestros padres, a nuestra esposa o esposo y amar a nuestros hijos; nos enseña a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos y nos enseña que el amor es lo que nos distingue como discípulos del Señor.

Entonces, ¿qué significa *aborrecer*? El sentido de la palabra es “*amar menos*”, como Mateo lo escribe en su Evangelio: “*El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí; el que ama a hijo o hija más que a Mí, no es digno de Mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de Mí, la hallará*” (Mt. 10:37-39).

El sentido de la palabra es, entonces, *amar menos*. Es decir, nadie que ame al Señor menos que lo que ama a su familia o a sí mismo, puede ser un discípulo del Señor. El Señor ya lo había ilustrado antes de otra forma cuando dijo: “*Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el Reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios*” (Lc. 9:57-62). Seguir al Señor es cosa seria, cosa de valientes.

Lo que el Señor Jesús enseña no es que debemos odiar o abandonar a nuestra familia para seguirlo a Él; lo que está diciendo es que para seguirlo Él debe ser la principal prioridad, es decir, que la familia, el trabajo, posesiones materiales o cualquier otro interés que tengamos deberán ser jamás excusa para no seguir al Señor, o para seguirlo a medias, porque lo más probable que pase es que en el tiempo de la prueba o cuando se pongan las cosas difíciles en nuestra vida, abandonaremos todo lo que estábamos haciendo en la obra del Señor.

Además, definitivamente, si mi amor por el Señor no es prioridad, nunca voy a aprender a amar a mi familia ni a los demás como Él quiere y espera de mí, ni voy a aprender a darle el justo valor a las cosas como el trabajo, las posesiones y hasta las vacaciones y cualquier otro gusto que nos podamos dar. Es decir, que la relación con Cristo tiene que ser de la más alta prioridad; más fuerte aún que la relación familiar, o que el aprecio que uno tenga por su propia vida. En el corazón del discípulo nada ni nadie pueden competir con Cristo; pero cuando Cristo es nuestra prioridad podremos dar el justo peso y valor a las relaciones de familia, de iglesia y a todo lo demás. ¿Cómo podemos decir que amamos al Señor más que nuestra propia vida si no estamos dispuestos a hacer ningún sacrificio por

Él?, ¿si nuestros propios intereses siempre están por encima de los intereses de Él?, ¿si solo lo buscamos en tiempos de necesidad?, ¿si el Señor solamente es parte de nuestra religiosidad, pero no de nuestra espiritualidad porque no tenemos ninguna relación con Él? ¿Se da cuenta de lo importante que es para el Señor el tener a su lado discípulos, no perfectos, pero confiables?

Cuando todas estas cosas están por debajo de Cristo en importancia, dice el Señor que entonces podemos venir a Él, seguirle a Él, ser discípulos de Él. Entonces seremos más confiables para el trabajo que nos tiene preparado para hacer, porque sólo entonces estaremos más integrados con Él. Por supuesto que todo esto sería algo que la mayoría de aquella multitud de simpatizantes no recibiría con agrado y que no estaría dispuesta a hacer, pero los verdaderos discípulos sí; no todos iban a escuchar y aceptar aquel mensaje del Señor, pero algunos sí y lo mismo ocurre hoy. No se puede ser discípulo del Señor a menos que le amemos a Él más que a nuestra propia vida.

“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser Mi discípulo” (v.27).

De esto ya he hablado en otra ocasión en un mensaje titulado *“Siguiendo a Cristo”*, basado en Lucas 9:23 y predicado el 11 de Noviembre del año pasado. Pero hoy solamente enfatizaré lo que dice este versículo acerca de *llevar la cruz*.

Lo primero que debemos de tener presente es que la cruz es símbolo de muerte. Con la muerte esperando por Él en Jerusalén en muy poco tiempo, el Señor Jesús quiere que sus discípulos entiendan que ellos podrían correr con el mismo destino que Él, por ser sus seguidores, sus discípulos. Y, aunque es muy poco probable que eso se de en nuestro ambiente, la enseñanza es a querer darlo todo por Él; esto es, que a pesar de nuestros sufrimientos y cargas, sigamos adelante con la obra que Él nos encomendó. Llevar la cruz significa correr toda clase de riesgos por Él, significa entregarse todo a Él, para participar en la extensión del Reino de Dios; significa no tener miedo de cumplir la Gran Comisión que Él encomendó. ¿O para qué cree usted que Dios lo salvó?, ¿sólo para darle la vida eterna? El Apóstol Pedro lo enseña bastante bien cuando dice: *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que **anunciéis las virtudes de Aquel** que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que*

ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1P. 2:9-10).

¿Se da cuenta? Somos salvos para que anunciemos la Salvación que ahora tenemos a quienes todavía no la tienen porque no conocen de Cristo. Algunos tal vez tienen una religión y creen que eso es suficiente, pero no tiene una relación; algunos practican ciertos rituales y creen que con eso es suficiente, pero no arrepentimiento de pecado y el deseo de entregar la vida a Cristo y vivir una nueva vida en Él; algunos dicen amarlo pero no lo obedecen. Si Cristo no es el Señor de na persona, entonces tampoco podrá ser su Salvador; y al Señor se le escucha y se le obedece sin reclamos y sin excusas. Tenemos que salir a anunciar entonces que la Salvación es únicamente por la fe en Jesucristo el Señor. Este es un trabajo que solo los discípulos pueden hacer porque no solamente predicán sino que modelan la Palabra, es decir, son testimonio de la Salvación del Señor, son una invitación viviente para venir a los pies del Señor y experimentar el gozo que ahora ellos experimentan.

Fíjese el argumento que da el Señor para sostener lo que cuesta seguirlo a Él y porqué el quiere que sean discípulos y no solamente simpatizantes.

“Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz” (vv.28-32).

¿Qué significan todos estos versículos? Muy simple. Resultaría necio y hasta ridículo comenzar una obra si no se puede terminar o enfrentar una guerra sin recursos. Esto quiere decir que quien quiere seguir a Jesús debe calcular todos los riesgos que esto implica, debe considerar los riesgos y debe estar preparado para afrontarlos.

Las condiciones que pone el Señor parecen ser muy duras, así que, ¿estaría esa multitud dispuesta a dejarlo todo a un lado por seguirlo a Él? Seguir a Jesús no es cosa fácil, es cosa de valientes. ¿Cuáles son esos riesgos? Pueden ser rechazados, despreciados y humillados, empezando

por la misma familia muchas veces; enfrentarán una guerra espiritual contra el enemigo día tras días, así que con sus propias fuerzas no podrán vencer porque el enemigo es mucho más fuerte que uno. Entonces es necesario depender del poder de Dios y de su protección. Es necesario no ignorar ni despreciar el poder del enemigo, porque como dice el Apóstol Pablo: *“Para que satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones”* (2Co. 2:11). No se deben ignorar las artimañas del enemigo para hacernos desistir de seguir al Señor como sus discípulos. El enemigo atacará y el discípulo debe estar pegado siempre al Señor si quiere vencer y permanecer.

Conclusión.

El pasaje Bíblico termina así:

“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”.

El Señor Jesús no puede realizar la obra a través de simpatizantes que no están comprometidos con Él y que no están dispuestos a pagar el precio. Pueden ser piedra de tropiezo para otros haciendo que los que no son creyentes no quieran escuchar, que los que son creyentes nuevos se puedan desanimar, aumenta la posibilidad de que muchos se pierdan y puede dar al enemigo la ocasión para blasfemar el Nombre del Señor.

El ser un discípulo es cosa seria, es cosa de valientes. Por eso el Señor quiere que sepamos exactamente en qué nos estamos metiendo; no quiere engañarnos con falsas promesas ni tampoco obliga a nadie; el discipulado es voluntario. En su mensaje, el Señor está diciendo prácticamente que algunos no pueden ser sus discípulos porque no lo dejarían todo por Él, porque no soportarían la burla, el rechazo y el desprecio de los demás (empezando muchas veces desde la familia) y porque no están dispuestos a enfrentar una guerra espiritual contra el enemigo de nuestras almas, todo, por amor a Cristo.

El que quiere ser discípulo sabe que para vencer todos estos obstáculos que se presentan en su vida tiene que depender al 100% del Señor quien es el que dará la victoria y nos guiará para alcanzar las metas que Él nos ha trazado. El discípulo tiene una relación profunda con Cristo a través de la oración, a través de meditar su Palabra y a través del servicio. Esta relación crece y se fortalece para que, como dice el Apóstol Pablo, podamos resistir en el día malo, es decir, el día del ataque.

Todos los creyentes atravesamos diferentes pruebas y es allí en donde se renueva nuestro compromiso con el Señor o se deja a un lado. Muchos que eran discípulos del Señor en alguna ocasión lo abandonaron cuando pensaron que las demandas del Señor eran muy duras (*Jn. 6:66*), y Judas lo traicionó y pagó las consecuencias de su traición. Pero los demás se mantuvieron firmes y fueron usados grandemente por el Señor. Los demás discípulos hicieron discípulos con su ejemplo igual de entregados que ellos y ellos a su vez hicieron discípulos hasta llegar a nuestros días.

Entonces, ¿qué soy yo?, ¿un simpatizante o un discípulo? Antes de que responda déjeme decirle que el mundo necesita de discípulos y yo sé que aquí ya hay algunos y espero en el Señor que el resto se una a ellos. Amén... Vamos a orar...